que atraviesan las sombras como hojas de espada; todo esto no quita para que el Greco sea un gran pintor. Al parecer, la preocupación de no asemejarse al Ticiano, del cual dicen que fue discípulo, le trastornó el cerebro y lo lanzó a las extravagancias y caprichos que le impidieron, en muchas obras, lucir las prodigiosas facultades que recibiera de la Naturaleza».

Y en Toledo, al hablar sólo de dos cuadros del cretense existentes en el Hospital de Afuera, dice: «pintor extravagante y extraño que es apenas conocido fuera de España. Su locura, como es sabido, consistía en el temor de pasar por imitador del Ticiano, del que había sido discípulo; esta preocupación le llevó a los extremos y caprichos más barrocos. Uno de sus cuadros, el que representa la Sagrada Familia, debió de hacer muy desgraciado al pobre Greco, pues a primera vista se le tomaría por un verdadero Ticiano. La cálida tonalidad del colorido, la vivez de las tintas de las telas, ese hermoso reflejo de ambar amarillo que calienta hasta los matices más frescos del pintor veneciano, todo contribuye a engañar la vista más experta; solamente la pincelada es menos amplia y menos compacta. La escasa razón que le quedaba al Greco, debió de zozobrar en el sombrío océano de la locura después de acabar esta obra maestra; hoy no hay muchos pintores capaces de volverse locos por tales causas.

El otro cuadro, cuyo asunto es el bautismo de Cristo, pertenece por completo a la segunda manera del Greco; hay en él abuso de blanco y negro, contrastes violentos, tintes raros, actitudes desconcertadas, pliegues rotos y arrugados a placer; pero en todo ello campea una energía depravada, una pujanza enfermiza que delata al gran pintor y al loco genial. Pocos cuadros me han interesado tanto como los del Greco, pues los peores tienen siempre algo inesperado y fuera de lo posible que sorprende y hace pensar».

Y esto decía Gautier hace por siglo y cuarto, como decimos, desde cuya fecha a la de hoy se han emborronado muchas cuartillas con la presunción de interpretar la manera de concebir y hacer del gran pintor candiota que, actualmente, parece estar centrada en la teoría de su misticismo ascensional que el Dr. Marañón en su libro «El Greco y Toledo», resume dando por cancelado cuanto de enigmas, claroscuros y sombreados se han querido encontrar en su producción, y aun cuando consideramos que sobre cuya definitiva tendencia todavía habrá disonancias, es lo cierto que el Greco, con su manera de pintar, creó una de las personalidades más fuertes, vigorosas y acusadas del pincel hasta el extremo de que un simple aficionado distingue a distancia los cuadros del inmortal pintor o los de su escuela.

Y esta fue una de las primeras voces de resonancia universal que tuvo eco en el lírico Barrés, y después vinieron nuestros escritores del 98, Azorín, Baroja y Pérez de Ayala, entre otros, y aquella floración de pintores novecentistas, Fortuny, Rusiñol, Beruete y Zuloaga, y Cossío con su exhaustiva obra, y Paco San Román, experto husmeador de viejos papeles entre los que encontró interesantes datos e información de la vida del cretense, y el inteligentísimo, tan valiente como decidido chamarilero, Don Benigno de la Vega Inclán, un tanto olvidado por nosotros y, por fin, el insigne Marañón, el más apasionado de los grequistas, que en su libro antes citado, con su agudo mirar, señala la feliz conjunción de circunstancias propiciatorias que hubieron de darse para que en Toledo, y precisamente en Toledo, el genial candiota proliferase para después ser conocido en el mundo por el Greco toledano.

MENSAJE DE NAVIDAD

Los relojes se han parado para dar paso a las horas que van cargadas de sombras. ¡Campanas de campanario de mi parroquia dormida! ¿Qué hacéis que no despertáis? ¿Qué hacéis? No lanzáis vuestros badajos en los círculos de bronce. ¡Qué hacéis que vuestro tan-tan... tan-tan... no extienda por las cimas, y que el viento lo arrastre por encima de las aldeas, por encima de las montañas, y se pierda por encima de los mares... También corre el eco acompasado de unas voces juveniles. Son los dulces villancicos, que saliendo de rincones hogareños, se evaporan como inciensos esfumados... Van en pos de las estrellas que son reinas de la noche, y... allá lejos, en el fin de los espacios, donde todos se reúnen —ha llegado un gran mensaje—. Ese mensaje es para todos, y por lo tanto, todos lo entienden... Grandes estremecimientos de cuerpos, de sedas, de alas... Asombro. Todos se miran al rostro. Hay rumores de palmera... Después... Una de ellas, la más ángel, se levanta erguida, es la que coge el mensaje y se lanza por el mundo, con un resplandor tan grande, que ilumina los desiertos, los campos, los montes, el mar, las ciudades...

Da el mensaje a unos reyes de camellos fantasmales. Da a los pobres... Da a los ricos... Da a unos sencillos zagales que despiertan la majada dando voces, dando gritos al aprisco donde duermen las ovejas y los viejos mayorales. Y esos sencillos pastores que han visto pasar tan cerca aquella luz tan gigante, que ellos no saben decir de fijo si es de una estrella o es de un ángel. Pero se entiende en sus gritos: «Ha nacido el niño Dios, en un portal miserable...»

Hombres, mujeres y niños, corren todos a adorarle. ¡Sí, saltan, corren, por esos senderos de las anchas llanuras y por los retorcidos valles! ¡Correr todos! Todos con antorchas encendidas, detrás de la luz gigante. ¡Que todos los caminos van a Belén! Aquel Belén que allí duerme, sin saber que en el regazo de sus frías murallas ha nacido la luz del Mundo. De ese mundo de tinieblas que se ha hecho realidades. La noche se ha hecho día, y el día se ha hecho luz... y el gran amor de los amores se ha extendido por los aires, a los vientos, hasta cruzar la más alta de las nubes...

Mientras, en la tierra se sienten esos bellos villancicos que al calor de los sencillos hogares cantan altas voces, voces bajas, voces de todas las edades...

Un aire de madrugada ha hecho estremecer a todas las almas de la baja tierra, donde todavía quedan hombres de buena voluntad.

GUERRERO MALAGON

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 7/1961.